

La siembra Oh! qué gusto! El trabajo había sido duro, pero ya concluyó y ahora sólo faltaba desuncir los animales para ir á recoger á la Clorinda que estaba ocupada en las casas y marchar después juntos al mísero ranchito, albergue de su libre amor.

¡Y qué alegre se siente uno junto á la mujer querida, después del trabajo!

Todo el día, bajo el sol que tostaba la piel, la yunta de Gregorio había caminado lentamente, de ida y de vuelta, tirando del arado que manejaba el peón sudoroso, oliendo á tierras húmedas y hierbas verdes. Y ahora todo este manto de biznagas y gualputas en que sobresalían los palquis balanceantes, las melosas y los yuyos, está cubierto de surcos y en la tierra morena sólo se levantan aun los espinos de tonos grises y de troncos retorcidos.

La campiña se adormece en el crepúsculo que empieza á cubrirla de neblinas y un baho tenue parece brotar del suelo. El grano se ha hundido en su vientre generoso y en la paz de las cortas oraciones de otoño empieza desde luego el proceso glorioso de su germinación.

El peon picaneó los bueyes para llegar más de prisa.
—Pt, pt, pt...Liberal, Chacolí!

Era preciso apurarse ya que la vivienda estaba tan distante, pero ¡qué importa al fin, si se iban juntos!

Al llegar á las casas, Gregorio halló á la Clorinda que lo esperaba desde ya hacía rato. Tuvo una sonrisa cariñosa para su mujer, que ella le devolvió gustosa.

—¿Por qué te has demorado tanto, Goyo? Llegaremos de noche.

—Es que estaba arando en el potrero del risco, más allá del estero.

Se afanaba en desenyugar la yunta y después de haber colocado el yugo con las coyundas enrolladas debajo del